

Nación y nacionalismo en los orígenes de la derecha argentina: Leopoldo Lugones y Carlos Ibarguren

Por *Olga* ECHEVERRÍA*

EN LAS DÉCADAS FINALES DEL SIGLO XIX Argentina vivió un proceso de cambios profundos que se extendió hasta las primeras décadas del siglo XX. En ese contexto de modernización política, económica y social se manifestaba un liberalismo que conjugaba en su doctrina la defensa de las libertades individuales con la construcción de un Estado nacional. Se trató, probablemente, de una fuerza política más conservadora que muchas de las variantes imperantes en Europa, que llevó adelante un proyecto con significativos ribetes intervencionistas y que, en pos de superar la anarquía, asumió una actitud basada en el control político y militar de las distintas fracciones.¹ De esta realidad podría ser resultado la fragilidad constitutiva de la sociedad civil argentina ya que, como entiende Jorge Myers, se erigió un Estado liberal fuerte en el plano discursivo pero extremadamente débil desde el punto de vista de las prácticas institucionales.² Lo cierto es que los modos de hacer política del periodo pusieron en evidencia los condicionamientos para una identidad ciudadana sólida, expresados particularmente entre las tensiones de la libertad civil, que era defendida a través de prácticas no formales, y unas libertades políticas que pretendían reducirse al mero acto electoral controlado por las élites.³

En el plano económico, Argentina se fue constituyendo como una promesa de porvenir a partir de su integración, más o menos directa, a las reglas y dinámicas del sistema capitalista. El país ofrecía “ventajas comparativas” para hacer efectiva la incorporación a la economía mundial, tales como la abundancia de tierras, las virtudes climáticas, la es-

* Investigadora en el Instituto de Estudios Histórico-Sociales “Profesor Juan Carlos Grosso” de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires y profesora en la misma universidad; investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas, Argentina; e.mail: <olgaecheverria23@gmail.com>.

¹ Al respecto véase Oscar Oszlak, *La formación del Estado argentino: orden, progreso y organización nacional*, Buenos Aires, Planeta, 1997.

² Jorge Myers, “Entre la libertad y el miedo: Botana y la esporádica tradición liberal argentina”, *Punto de Vista* (Buenos Aires), núm. 63 (abril de 1999), pp. 43-48.

³ Marta Bonaudo, “A modo de prólogo”, en *Nueva historia argentina: liberalismo, Estado y orden burgués*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, pp. 17-18.

casez relativa de mano de obra y la necesidad de capitales. Para llevar adelante esta articulación se encauzó un ordenamiento amplio que implicó tanto una política de tierras y fronteras como un marco jurídico capaz de encuadrar los nuevos requerimientos del modelo que se buscaba implementar. Así, la pretendida modernización política, la inmigración masiva y el progreso económico remodelaron profundamente la sociedad argentina.⁴ Y frente a los sectores dominantes que dirigían y se beneficiaban de esos procesos de transformación comenzó a alzarse el otro rostro de la modernidad: el de los pobres y sus necesidades, el de los insatisfechos y sus conductas, el de las multitudes y sus amenazas. En respuesta, las élites criollas cerraron su experiencia sobre sí mismas y comenzaron a imaginar, progresivamente, una identidad argentina auténtica, opuesta a la identidad heterogénea que surgía del intenso proceso de hibridación y masificación. Reafirmaron así su carácter de “distinguidas” y “decentes”, establecieron genealogías y linajes patricios, delimitaron un consumo cultural propio, crearon sus formas de expresión, sus ámbitos “naturales” y sus costumbres específicas. Pero además, buscaron reservarse el manejo exclusivo del poder. Eran los “notables”, cultos y educados, y el ejercicio de la política reafirmaba su condición superior tanto como la forma de alcanzarla. Se fue constituyendo así una clase dirigente que fue monopolizando el poder sobre la política, la propiedad y la cultura que, en palabras de Vanni Blengino, conformaba una élite liberal que se comportaba como una aristocracia feudal.⁵

En esa carrera desesperada por reafirmarse recurrieron prontamente a los ámbitos culturales e ideológicos en busca de respuestas que calmaran sus incertidumbres y consolidaran un orden. Hubo tempranas miradas nostálgicas que cuestionaban buena parte de las transformaciones sociales que el proceso modernizador estaba produciendo y realizaban una reconstrucción idealizada del pasado que se oponía a un presente considerado caótico y mediocre.⁶ Estas percepciones poco a poco fueron ganando más virulencia y mayor contenido político. Los hombres del poder se volvían cada vez más conservadores y

⁴ Los 1.8 millones de habitantes que registró el primer censo de 1869 se convirtieron en 7.8 millones en 1914.

⁵ Vanni Blengino, *Más allá del océano*, Buenos Aires, CEAL, 1990.

⁶ Al respecto véase Eduardo Zimmermann, *Los liberales reformistas: la cuestión social en la Argentina, 1880-1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995; y Fernando Rocchi, “El péndulo de la riqueza: la economía argentina en el período 1880-1916”, en Mirta Lobato, *Nueva historia argentina: el progreso, la modernización y sus límites*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000.

por ende relegaban progresivamente los principios liberales, modificando la cultura y las aspiraciones de participación política.⁷

En ese contexto, surgió un debate intelectual (con claros contenidos políticos) que tendría larga perdurabilidad y que hacía hincapié en la cuestión nacional, entendida ésta como eje articulador primordial para la constitución de una sociedad homogénea y gobernable. Se iniciaba así el camino a un programa nacionalista. En principio se trató de un nacionalismo cultural, pero unas décadas después, y en medio del espíritu triunfalista que rodeó a los festejos por el centenario de la Independencia, aquellos movimientos culturales —que mostraban un nacionalismo nativista e identitario— fueron quedando subsumidos en los nuevos nacionalismos que utilizaban argumentos y retóricas similares pero que apuntaban a la constitución de una matriz ideológica “nacionalista”, entendida como cimiento indispensable de las “alucinaciones de grandeza” que padeció la clase dirigente argentina y no pocos intelectuales que buscaban llegar a la acción política concreta.⁸

Los nacionalismos políticos argentinos que empezaban a conformarse interpelaban y juzgaban a la realidad basándose en múltiples fuentes intelectuales, no siempre concurrentes. Sin embargo, lograron hermanar dichas fuentes en un *corpus* complejo, no exento de disonancias y tensiones, y constituirlo en eje articulador de una experiencia crecientemente disconforme que buscaba plasmar una identidad alternativa (al menos en algunos aspectos) a la que se iba consolidando en la Argentina de inicios del siglo xx.⁹ De tal modo confluyeron postulados diversos que dieron origen a un entramado intelectual e ideológico particular que evidenciaba un fuerte eclecticismo en los debates latinoamericanos y proponía la conformación de un campo cultural y estético sin las restricciones de los cánones propios de las diferentes escuelas europeas. Así, pueden encontrarse perspectivas de tono “arielista” —que desde un pretendido espiritualismo se oponían al ánimo práctico y material de la sociedad moderna¹⁰ apostando a la heroicidad ju-

⁷ Natalio Botana, *La libertad política y su historia*, Buenos Aires, Sudamericana/Instituto Di Tella, 1991.

⁸ Al respecto véase Alfredo Rubione, *En torno al criollismo, textos y polémica*, Buenos Aires, Capítulo, 1983.

⁹ Estos aspectos han sido analizados con mayor detalle en Olga Echeverría, *Las voces del miedo: los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo xx*, Rosario, Prohistoria, 2009.

¹⁰ José Enrique Rodó, *Ariel* (1900). Al respecto véanse Gonzalo Varela Petito, “Un balance de *Ariel* en su centenario”, y Yamandú Acosta, “*Ariel* de Rodó, un comienzo de la filosofía latinoamericana y la identidad democrática de un sujeto en construcción”, *Cuadernos Americanos*, núm. 88 (julio-agosto del 2001), pp. 174-198 y 199-221, respectivamente.

venil y a la superioridad de las minorías sensibles—, otras que afincaban en el más férreo hispanismo —sobre todo en su variante católica y revalorizadora del pasado glorioso de España—,¹¹ modernistas entusiastas que se sentían parte de una élite cultural llamada a provocar desde el arte una profunda renovación social¹² y miembros de la vieja élite que se sentían desplazados y recurrían a las tradiciones nacionales (gauchescas) como forma de afianzar una conciencia nacional y un modelo de dominio.

De tal modo, desde los tiempos del centenario de la revolución independentista comenzaron a gestarse, con fines que trascendieron largamente lo literario, una poética y una narrativa pretendidamente argentina destinada a construir una identidad nacional.¹³ Desde entonces el *Martín Fierro*, poema gauchesco de José Hernández, pasó a ser el emblema de la nacionalidad argentina. El reconocimiento tardío de esta obra denostada en el momento de su publicación no resultaba inocente en términos políticos ya que su recuperación implicaba entronizar una serie de valores que buscaban exorcizar la presencia masiva de inmigrantes y los resultados sociales de esa realidad.¹⁴

*Con paso decidido a la política:
el pensamiento como acción*

LA confluencia de los efectos de la primera gran guerra —multiplicación de las críticas al liberalismo que se hallaban latentes décadas atrás, quiebra del optimismo que había caracterizado al siglo XIX e instauración de una democracia mayoritaria que implicó la incorporación de nuevos sectores al juego de la política— llevó a muchos intelectuales

¹¹ Isidro Sepúlveda Muñoz, *Comunidad cultural e hispanismo, 1885-1936*, Madrid, UNED, 1994; Nuria Tabanera García, “El horizonte americano en el imaginario español, 1898-1930”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* (Universidad de Tel Aviv), vol. 8, núm. 2 (julio-diciembre de 1997), pp. 67-87.

¹² Al respecto véase Edward Timms, “¿Traición de los intelectuales? Benda, Benn y Brecht”, *Debats* (Institució Alfons el Magnànim), núm. 26 (1988), pp. 17-24. Número dedicado a cultura de vanguardia y política radical en la Europa de principios del siglo XX.

¹³ Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, “La Argentina del centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”, en *id.*, *Ensayos argentinos: de Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997. Véase también el siempre sugerente trabajo de Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

¹⁴ Leopoldo Lugones dio sentido político e ideológico a esta reivindicación de lo gauchesco e instaló al *Martín Fierro* como símbolo de los valores auténticamente argentinos a través de una serie de exitosas conferencias que dictó en 1913 y que fueron recogidas, ampliadas y editadas en 1916 bajo el título *El Payador*.

argentinos a buscar respuestas más contundentes a sus percepciones y desazones. Las incertidumbres se acentuaron y resignificaron llegando a constituir un malestar de la experiencia que reclamaba nuevos instrumentos para interpelar una situación también nueva. Así, muchos escritores descreyeron de la eficacia de los movimientos culturales y dieron un paso hacia posturas políticas más concretas, por lo que comenzaron a elevarse voces que no sólo hablaban de otro orden posible sino que también se consideraban las representantes de mentes preclaras que podían restituirle al país su destino, al que veían fatalmente abortado por la mediocridad y las excesivas liberalidades del sistema. Así, y englobando sus intereses y experiencias bajo el abstracto e impreciso concepto de *nación*, trataron de elaborar idearios, muchas veces contradictorios, con los cuales organizar la política y la sociedad. Y allí el nacionalismo operó como un elemento, entre otros más, que ayudó a configurar la identidad de la tendencia que asumía tanto un perfil político como un carácter estético e ideológico. En ese sentido, la apelación nacionalista, usada autorreferencialmente, fue un instrumento emotivo-sensibilizador útil para convocar y disciplinar a grupos más numerosos de la sociedad. Pero también fue proclama dicha con fuerza de verdad que servía para deslegitimar y desactivar perspectivas e ideologías que estos escritores consideraban amenazantes.

A medida que avanzaba el proceso histórico, los intelectuales que daban forma a la naciente derecha autoritaria fueron desarrollando y difundiendo el ideario “nacionalista”. Doctrina sumamente laxa, muchas veces ambigua y fundamentalmente heterogénea, ya que cada uno de estos escritores desarrolló su propia perspectiva de la que resultaron configuraciones muy diversas. Para algunos, el nacionalismo estaba llamado a refundar la Patria y llevarla a su destino de grandeza, para otros era necesario volver al pasado y reconstruir la dignidad de que se había gozado en tiempos más remotos y menos masificados. Sin embargo, todos compartían una “estructura del sentir” que los hacía parte de un mismo proyecto que postulaba un modelo antiplebeyo y antifemenino basado en el orden, la disciplina y el respeto por las jerarquías “naturales”. Si bien esta laxa tendencia estuvo integrado por un grupo más numeroso de intelectuales (monseñor Franceschi, Manuel Gálvez, Julio y Rodolfo Irazusta, Ernesto Palacio, entre otros), en este artículo me centraré en dos referentes principales: Leopoldo Lugones y Carlos Ibarguren, debido a que implican las posturas no siempre coincidentes de dos personajes con presencia política.

*Leopoldo Lugones:
una nación que miraba al futuro*

EL RECONOCIDO ESCRITOR Leopoldo Lugones siempre estuvo vinculado a la política. Socialista en su juventud (más por una vocación antiburguesa que por una militancia a favor del proletario), rápidamente se acercó al unicato del presidente Julio Argentino Roca, a quien reconocía sus virtudes para el mando, pero a medida que fueron conformándose nuevos gobiernos liberal-conservadores se decepcionó con el rumbo que tomaba el régimen, con los lugares que le asignaban y con lo que él denominaba “politiquería mediocre”.

Hacia los años veinte inició su camino al autoritarismo militarista y llegó a ser el referente emblemático de la derecha antidemocrática argentina. Una vez finalizada la guerra mundial e instaurada la democracia del voto universal masculino, Lugones vio desvanecerse el universo que él había intentado construir/se y comprendió que su voz no tenía la resonancia que esperaba. Sus proclamas a favor de la injerencia argentina en la contienda bélica habían sido desoídas y el presidente radical estaba lejos de considerarlo su consejero. Lugones dedujo que en una sociedad articulada cultural y políticamente como la de la Argentina de los años veinte sólo le estaba permitido ser un discípulo de Casandra, un profeta al que nadie estaba dispuesto a escuchar y seguir. Con claro pesimismo declaró por entonces: “todo esto demuestra mi infinita vanidad que reconozco sin vacilación ni arrepentimiento, antes añadiéndole la impertinencia de escribir cuando el soberano no puede leerme. Porque es analfabeto el infeliz para desgracia de mis pecadoras letras”.¹⁵ Esa frustración se tradujo en un rechazo virulento de las masas, ebrias de una “triste libertad electoral”, que acudían dóciles hacia “la ilusión mentirosa de su soberanía” y señaló con contundencia que “la aristocracia del espíritu” sólo sería reconocida y atendida en una sociedad organizada sobre bases más pragmáticas, menos deliberativas y, sobre todo, más respetuosas de las jerarquías.

El orden imperante por entonces, la democracia pacifista, era, a criterio de Lugones, una falacia, un peligro y un error que comprometía irremediablemente el destino de la patria. Y como respuesta a esa percepción intentó elaborar un modelo que articulaba belleza y desarrollo nacional, amalgamando en su pensamiento postulados de las vanguardias europeas, algunos conceptos “nietzscheanos” y la compleja hibridación de lo nuevo y lo viejo de los modernistas reaccionarios ale-

¹⁵ Leopoldo Lugones, prólogo a *La torre de Casandra*, Buenos Aires, Atlántida, 1919.

manes, especialmente en su faz de aceptación de la tecnología moderna y su paralelo rechazo a otros aspectos emergentes de la modernidad, especialmente los políticos y sociales.¹⁶ Para Lugones, la belleza en sí misma expresaba el alejamiento de lo vulgar y era portadora de la verdad. Por ello, la élite de intelectuales y artistas era, en el pensamiento lugoniano, la única fracción de la sociedad habilitada para distinguir lo bueno de lo malo, lo verdaderamente útil y estético de lo material y burdo. Con esas premisas comenzó a bosquejar, entrados los años veinte, su concepto de nación que era producto esencialmente de la fuerza y sólo mediante ella podía crecer y mantenerse. La nación era realidad ante la falaz mentira de la ideología democrática, era mando y no consenso, era disciplina y no objeto de racionalidad.¹⁷ La glorificación de la fuerza fue asociada a la reivindicación de los hombres de armas. El jefe de la nación debía ser un militar, por su destreza para el dominio, su disciplina y su derecho de mejor.¹⁸ Al estilo de Nietzsche, reivindicaba al hombre fuerte que con la guía del espíritu, es decir de los intelectuales, era la personificación de la valentía creativa y el pragmatismo realizador.

En el mismo sentido, y teniendo al mundo griego como inspiración, señalaba que la formación de un ciudadano útil iba necesariamente unida a la del soldado, que hacía de la formación nacional un culto “porque sólo así se subordinará incondicionalmente el ciudadano a la patria”.¹⁹ El ciudadano era claramente entendido como un actor subordinado a los designios de la patria, como un reclamo emotivo y aglutinante, ajeno a toda libertad individual concebida no sólo como una irrealidad absoluta sino como la expresión de un estado de misticismo personal, estéril y antisocial, por lo tanto, era la negación de todo orden, ya que implicaba desconocimiento de la subordinación. De tal modo, el ejército era presentado como una expresión espiritual puesto que en la violencia había dignidad y poesía —como una manifestación estética sublime y el mayor encumbramiento de la juventud más apta, la “nobleza de la República”. A su vez, el principio del hombre fuerte-soldado de la patria tenía su correlato en el concepto de nación. El destino de la nación argentina era, a juicio de Lugones,

¹⁶ Al respecto véase el muy interesante trabajo de Jeffrey Herf, *El modernismo reaccionario: tecnología, cultura y política en Weimar y el Tercer Reich*, México, FCE, 1993, pp. 113ss.

¹⁷ Leopoldo Lugones, *La patria fuerte*, Buenos Aires, 1930, pp. 70-71.

¹⁸ Leopoldo Lugones, “El discurso de Ayacucho” (diciembre de 1924), reproducido en *La patria fuerte* [n. 17], pp. 19ss.

¹⁹ Leopoldo Lugones, *La Grande Argentina*, Buenos Aires, Babel, 1930, p. 69.

de grandeza por victoria e imposición sobre otras naciones más débiles. El suyo era un acto de fe en la patria, pero un ejercicio amoral debido a que la moral era una preocupación estrictamente personal y no se vinculaba con las razones de Estado. Tampoco la búsqueda de la verdad debía ser una preocupación estatal, al menos no la misma verdad de la religión y la filosofía sino, en todo caso, aquella que derivase del bienestar común.²⁰ Para la nación sólo era bueno lo que le conviniere. Lo beneficioso, lo deseado, era la soberanía, la potestad de ser ella misma de acuerdo con sus necesidades estructurales y coyunturales.²¹ Por esta razón debía impulsarse la producción industrial, no sólo de alimentos sino también de siderurgia y construcción. Sólo así la soberanía resultaría una expresión de poder efectivo y una celebración de la belleza productiva de los fuertes. El imperialismo no era censurable, lo censurable era el lugar subordinado que Argentina ocupaba—injustificablemente—en ese modelo de ordenamiento internacional.

Una vez producido el golpe de Estado de septiembre de 1930, en cuya campaña había participado activamente, Lugones se dedicó a reivindicar orgulloso sus aciertos de profeta intelectual y a celebrar la llegada al gobierno del “jefe predestinado” que tantas veces había anunciado y reclamado para el “bien de la nación”. Sostenía que la “revolución” de septiembre era una obra del ejército, única institución capaz de hacerlo por “su disciplina más fuerte, su preparación más sólida, su conducta más limpia, su patriotismo más exigente, y aquella superior eficacia administrativa”.²² Los militares eran considerados la mano ejecutora indispensable. Lugones reivindicaba para sí mismo el papel de ideólogo y recordaba que hacía largos siete años venía pretendiendo la reestructuración de la nación, que había sido también él, y sólo él, quien había planteado con claridad los caminos que debían seguirse para anular la fatal influencia del “izquierdismo”²³ y había diseñado un programa político de gobierno, tanto como de organización política, cuando todos los demás se seguían sometiendo—y beneficiando mezinamente— a las “delicias del voto universal”. Los militares, específicamente su jefe, el general José Félix Uriburu, eran presenta-

²⁰ Leopoldo Lugones, *El Estado equitativo: ensayo sobre la realidad argentina*, Buenos Aires, La Editora Argentina, 1932, pp. 13-14.

²¹ Leopoldo Lugones, “El imperialismo”, en *La Grande Argentina* [n. 19], p. 34.

²² Leopoldo Lugones, *Política revolucionaria*, Buenos Aires, Anaconda, 1931, p. 7.

²³ La palabra *izquierdismo* resumía y sintetizaba la idea de enemigo que tenía Lugones. Pero el término no abarcaba solamente a las ideologías socialistas y anarquistas, sino que incluía, asimismo, al radicalismo—izquierdista desde su “obrerismo”—e incluso ciertas prácticas del régimen liberal que por desidia o confusión filosófica había engendrado y dejado crecer esa ideología.

dos como ejecutores mucho más eficientes que los “predilectos del sufragio universal” ya que, según Lugones, a pesar de la crisis en seis meses de gobierno habían logrado reordenar la economía, restablecer el crédito, reajustar la administración pública, eliminar al “extranjero pernicioso” que dentro del país representaba un verdadero “ejército de ocupación con bandera roja”, combatir la delincuencia y fomentar tanto como defender el bienestar común.

Para Lugones, el movimiento iniciado el 6 de septiembre implicaba un proyecto revolucionario, de transformación radical de Argentina, que hacía que los liberales en su conjunto se volvieran conservadores y reaccionarios y defendieran el viejo orden derrotado por las “armas de la nación”. Para sostener esa revolución, lo urgente era poner en marcha una nueva política, inspirada en un objetivo de orden superior como era el engrandecimiento de la nación. Para ello, era necesario llevar adelante la reestructuración del Estado y el ordenamiento de la sociedad bajo los parámetros de la disciplina, ya que se hallaba “infestada de izquierdismos y conveniencia electoral”. Si bien el golpe de septiembre había logrado una victoria sin transformaciones profundas, la misma sería momentánea porque el peligro se mantenía latente.

De allí los denodados esfuerzos —puestos en palabras— que Lugones realizó los meses siguientes al movimiento militar para descalificar la realización de elecciones en un futuro próximo y bajo el imperio de la Ley Sáenz Peña. En su argumentación explicaba que sin un restablecimiento moral y material de la disciplina se corría el riesgo seguro de volver a la anarquía, e incluso de resucitar al personalismo yrigoyenista. Por lo tanto, al tiempo que trataba de imponer, Lugones reclamaba una reforma profunda del sistema político del país y en ese camino arremetió solitario contra la Constitución al sostener que la misma era un producto extranjero que debía ser reemplazado por una carta orgánica “más argentina” que asegurara una administración y una representación más eficaces y baratas, una prescripción más imperiosa del deber y un ideal menos vago y más positivo: un ideal de Patria y no de humanidad, siendo que sólo aquella, la nación, era una entidad política. La grandeza de la revolución, afirmaba, sólo sería efectiva si se resolvía de manera inmediata “la crisis constitucional”, si se transformaba drásticamente la organización política del país. Su propuesta, en la que insistió con vehemencia, se sustentaba en una organización abiertamente corporativa, donde “todo ciudadano mayor de edad sería pues elector; pero sólo podría ejercer su derecho cuando trabajara personal y continuamente en cualquier oficio, carrera o acti-

vidad civil”.²⁴ La calificación del voto residía en la propuesta “lugoniana”, en la capacidad productora y estribaba en el concepto de la igualdad ante el trabajo, “desde la tarea del jornalero hasta la invención del sabio y del artista”.²⁵ Esta “representación funcional” se imponía por las características geográficas, étnicas y culturales del país y no era, según Lugones, simple imitación del modelo fascista. Se trataba, afirmaba, de dar preferencia a la política económica por encima de la electoral, hacer predominar la fuerza sobre el consentimiento, la necesidad sobre la legalidad y la eficacia sobre la lógica. Evidentemente la experiencia fascista estaba en el horizonte de la reflexión de Lugones, así como de algunos otros hombres de las derechas argentinas, aunque sin alcanzar un verdadero desarrollo teórico. Constituía sí, una afinidad ideológica que se sustentaba, en buena medida, en los esperanzadores “logros” que obtenía Mussolini en Italia.

En 1932, tras el fracaso del proyecto “uriburista” —o lo que creyeron los intelectuales de la naciente derecha autoritaria que ese gobierno representaba y pretendía instaurar—, Lugones publicó *El Estado equitativo*.²⁶ En este libro, la cuestión económica, tanto en diagnósticos como en proyectos, ocupaba un lugar central de la reflexión, mostrando el interés particular del autor por esa problemática y el primer intento, más o menos sistemático, de la heterogénea corriente de abordar cuestiones que sobrepasaran la esfera política, y en particular la de la forma de gobierno. Sus planteos económicos eran coherentes y estaban claramente articulados con sus premisas político-sociales. Dentro de sus iniciativas refundacionales, el desarrollo económico era imprescindible, constituía una pieza clave e irrenunciable para el desenvolvimiento de una nación poderosa. Pero para que esa expansión fuese posible se requería de un Estado interventor que recuperase la armonía y restableciera el orden y el bienestar económico de la población, “la libertad de producción y de comercio plantea un conflicto fundamental con el deber gubernativo de garantizar la prosperidad común”.²⁷ Ningún interés privado, fuese individual o colectivo, podía comprometer el bienestar común. Era allí donde la presencia del Estado debía garantizar ese orden, pero también debía diseñar los proyectos, planificar la producción, asegurar una comercialización ventajosa para la nación.

²⁴ Lugones, *Política revolucionaria* [n. 22], p. 46.

²⁵ *Ibid.*, p. 47.

²⁶ Lugones, *El Estado equitativo* [n. 20].

²⁷ *Ibid.*, p. 10.

Esta implantación del Estado interventor, advertía el ideólogo, se estaba llevando adelante incluso en los dos países más liberales del mundo: Estados Unidos de América y Gran Bretaña, ya que en ambos se había comprendido que era necesario gobernar la producción y el comercio, como actividades sociales que son.

Así, cuando Lugones analizaba la situación argentina hacía hincapié en la consideración de que los males económicos que afectaban al país eran producto del papel dominante del comercio sobre la producción. Por lo tanto, reclamando la preeminencia de la producción sobre el comercio, estipulaba que el Estado debía reorganizarse con el designio de autoabastecerse, utilizando intensiva y preferentemente los recursos propios hasta convertir al mercado interno en el fundamento de la prosperidad nacional. De tal modo, la producción agrícola y ganadera debía reorganizarse y liberarse de la dependencia que la ataba a las potencias —particularmente a Gran Bretaña— a partir de la importancia despótica de los intermediarios del comercio exterior y de las industrias de la carne y los cereales.

La desunión de los productores nacionales y un “individualismo grosero” eran elementos que volvían posible la “situación colonial” que implicaba, entre otras cuestiones, la fijación de precios inconvenientes para los productores nacionales y la utilización de todo tipo de obstáculos morales y materiales para impedir el desarrollo nacional independiente. La producción argentina ejercería el gobierno económico del país, arrebatándose al “comercio extranjero de Buenos Aires”.

De tal manera, la colonia librecambista se convertiría en una gran nación autoabastecida y protegida, “de acuerdo con la evolución impuesta a todos por la irrefragable necesidad”.²⁸ La nación era pensada como una guarnición que debía estar dispuesta y capacitada para la expansión y el control social interno. Su propuesta implicaba a la vez una orientación política y una relación de poder que se tejía sobre los conceptos de seguridad nacional (que implicaba tanto conductas expansionistas como defensivas), de integración social bajo el concepto de nación, de eficacia y austeridad como antídoto a la corrupción, consagración de lo pragmático y efectivo frente a lo legal, unidad social frente a la perspectiva clasista y propuestas de reformulación económica.

Con respecto a este último aspecto y haciendo fuerte hincapié en el productivismo, Lugones proponía un proyecto económico que, sin hostigar explícitamente al trabajo, fuera lucrativo para el capital. El

²⁸ *Ibid.*, p. 63.

corporativismo lugoniano implicaba una comunidad de intereses tendiente a generar una unidad armónica. El Estado como articulador de los diferentes sectores de la producción debía asumir la función de reestructurar el sistema productivo con claro acento en la industrialización, aunque sin desconocer la importancia que para la economía argentina revestía la actividad agropecuaria. Es decir, la industria era concebida como un quehacer cardinal que necesariamente debía integrarse con otras empresas, ya sea a los productores primarios o al comercio. Lugones proponía una concentración y racionalización de la economía desde una perspectiva nacionalista, lo cual significaba que indefectiblemente el centro de decisión debía residir en el Estado argentino, tanto para la organización como para la obtención y distribución de los beneficios. Alegaba que la práctica de regulación colectiva supervisada por el Estado actuaba positivamente frente a la atomización y la imprevisibilidad de las economías de mercado y a la ineficiencia burocrática de los sistemas comunistas centralizados.

Esta retórica de “tercera posición” en definitiva no disimulaba que el poder económico no cambiaba de manos, sino que solamente se disponía de una manera diferente y con una intervención explícita del Estado. No aspiraba abolir la jerarquía social, sino que buscaba alcanzar una etapa en la modernización de la economía que mantenía la empresa privada, pero priorizaba la eficiencia y apelaba al control público de algunos sectores de la economía como parte de su proyecto productivista bajo el impulso y control estatal.²⁹ El corporativismo aparecía entonces como la única alternativa posible y eficaz para hacerle frente al desbarajuste provocado por la crisis (que para Lugones no era sólo económica sino mucho más general e implicaba el fin del liberalismo humanitario). Por lo tanto, y como ideólogo y poeta de lo nacional, proponía tender a la reconcentración nacional y caracterizarse por la preeminencia de “los elementos más genuinos” del país (el productor, el militar y el artista) a través de una anacrónica articulación social basada en órdenes. El Estado corporativo habría de constituirse como entidad representativa de la producción y el trabajo organizados al efecto en gremios “responsables” que contuvieran a la población nativa y naturalizada. El nuevo Estado, por definición, funcionaría sin la existencia de políticos profesionales y sin el régimen de partidos conocidos hasta el momento.

²⁹ George L. Mosse, *La cultura europea del siglo xx*, Barcelona, Ariel, 1997, pp. 156-157. Ahora bien, como es sabido, el capitalismo se estaba abriendo por entonces a una forma de mercado mucho más imperfecto e intervenido de lo que estipulaba su doctrina, por lo tanto la radicalidad de la perspectiva lugoniana debe ser relativizada.

Como puede advertirse, el Estado orgánico pretendía mantener la estructura de clases, pero fundiendo a la población en un todo mediante la ideología del *Volk*, a través de una historia o un sentimiento común. La “aristocracia del espíritu” debía asumir la expresión de la hidalguía compartida de la nación y conducir al pueblo al desarrollo pleno de su personalidad auténtica. De tal forma, el Estado era pensado como un instrumento militante que necesariamente debía transformar al gobierno en mando, mediante una ofensiva general, “reaccionaria, pero no conservadora”. El Estado “lugoniano” era una entidad estrictamente política y económica que podía reconocer o no una religión “por tradición, conveniencia o cualquier otro motivo”.³⁰ Sin embargo, el Estado debía velar por la moral, la consolidación de la familia etc., sin que esto se entendiera como una toma de posición ética por parte del Estado, sino como un castigo a las transgresiones en resguardo del orden público. Su fin era el bienestar común, su misión para alcanzarlo radicaba en la imposición de la armonía social. Toda la argumentación de Lugones iba a favor del pragmatismo y en contra de aquellas tendencias que partían de un ideal mayor, y que constituían a sus principios en proyectos y en identidad misma. El principismo —“manifestación de cobardía y feminidad”— se convertía así en un obstáculo, o al menos en un elemento retardatario, para la realización del bienestar común de una nación poderosa, único objetivo de la acción política fundado en el criterio de la “razón de Estado”. Es decir, el realismo político, entendido como la falta de restricciones morales y éticas y la apelación a todo lo que pueda hacer posible el proyecto anhelado, era postulado por Lugones como el más claro sinónimo de valentía y de osadía estratégica. El Estado equitativo, por tanto, debía satisfacer “lo posible, no lo ideal”.

En *Política revolucionaria*, Lugones expresaba un cuestionamiento explícito al concepto de soberanía popular. Esa crítica sostenía que la política de la modernidad era promotora de desbordes sociales. De tal modo, la soberanía popular tenía que quedar limitada, sujeta a las determinaciones de la soberanía de la nación, ya que “toda libertad contraria a la nación es delito”. La soberanía de la nación debía expresarse a través de un gobierno que procurara, impusiera y defendiera el orden, “es decir la equidad”, de tal modo que el gobierno debía asumir un carácter defensivo que implicaba, asimismo, una indiferencia ante la libertad que no era tema de su incumbencia. Para Lugones, *orden* era sinónimo de *equidad*, en tanto que *libertad* no era un concepto que

³⁰ *Ibid.*, pp. 13-14.

debiera tenerse en cuenta en la praxis política, ya que ella era “facultad personal y no materia de Estado”. La libertad, en el esquema “lugoniano”, obligatoriamente quedaba subordinada al orden, tanto como al individuo correspondía someterse a la sociedad. “El gobierno puede o no representar al pueblo”, pero siempre debía representar a la nación. Ésa era, para el poeta militarista, la tarea fundamental, en tanto que su instalación en el imaginario político era la “gran victoria” de la revolución de septiembre. Así, resulta posible inferir que la nación era entendida por Lugones como una situación de orden, una estructuración jerárquica, disciplinada y altamente productiva.

La sociedad, por su parte, resultaba un colectivo sin otras aspiraciones que dar forma y grandeza a ese concepto trascendente y superior. Para lograr la excelencia de la nación, la sociedad debía organizarse bajo el mando de un guía fuerte, ya que no “hay acción colectiva sin jefe”. La igualdad política, decía, si se la miraba bien era una forma de comunismo. De este modo, la nación en sí misma obligaba a reconstruir el colectivo, sobre nuevas bases, con nuevas normas, para alcanzar las características de la comunidad anhelada, disciplinada y clasificada.

Tanto como en el fascismo, Lugones reclamaba para su concepto de nación el *status* de un mito, de una construcción ideológica que se asentaba en fundamentos subjetivos y emocionales. La nación aparecía como un destino de grandeza, una fe que requería de la valiente obediencia de sus habitantes. Las potencialidades evidenciadas a lo largo de la historia eran las que señalaban ese destino de grandeza, pero no sólo la historia efectivamente transcurrida, sino, especialmente, la reconstrucción, también mítica, de esa historia, la valoración de esas supuestas capacidades argentinas. Es decir, que ese concepto rompía con la idea organicista y romántica de la nación. Ya no se trataba de una realidad precedente que evolucionaba, sino que era un espíritu, aquel mito superior, aquella atmósfera de orden, de esplendor y de gloria. El mito de “la patria fuerte”, que tantas veces y con tanta vehemencia proclamó Lugones, se convertía en realidad, ya que era el instrumento, la fuerza histórica efectiva para poder cumplirlo. El mito debía servir de estímulo a la voluntad de acción, para la homogeneización de la sociedad y la utilización cabal de sus energías. El mito (el mismo objetivo se buscaba en el plano material con la estructuración corporativa) debía permitir canalizar la participación de una sociedad de masas en un contexto de orden y disciplina; es decir, buscaba estipular una forma de intervención de las masas que no escapara al control so-

cial.³¹ El derecho de ciudadanía excluía a extranjeros y nacionales improductivos, mas sostenía que no establecía diferencias entre patrones y asalariados (pero tampoco buscaba transformar esa relación en la esfera productiva y distributiva), por lo cual su proyecto de nación era pluriclasista, aunque no igualitario; en sus propias palabras, era “equitativo”. El pueblo cobraba vida en el cuerpo, es decir, en la superación del individuo, y podría decirse que en la anulación misma del individuo. El trabajo y la estructuración funcional ligaban al ciudadano con la nación, y en ese lazo, en ese vínculo, era donde los hombres alcanzaban la ciudadanía. La soberanía prevalecía largamente por sobre la figura del ciudadano y se ubicaba en ese mito fundador.

Como puede advertirse, se trataba de una concepción esencialista, excluyente y defensiva de la nación, cuya existencia se afirmaba más allá de las formalidades legales y estaba marcada por las exigencias de la coyuntura y de las transformaciones que se operaban en la sociedad argentina. Lo que se buscaba rediseñar era el espacio y la autonomía atribuidos a los derechos de los ciudadanos en relación con los atribuidos a la defensa del interés nacional. De tal modo, consideraba que era necesario que la ciudadanía fuera una ventaja, implicara beneficios y, por lo tanto, promoviera a los inmigrantes a adoptar la nacionalidad argentina. Señalaba que “la excesiva liberalidad” de las leyes argentinas había atentado contra ese proceso deseable y políticamente conveniente: “el extranjerismo es la peor debilidad, no sólo porque constituye un estado de alma indiferente, cuando no hostil a la nación [...] sino porque alberga al enemigo más pernicioso en la persona del huésped disconforme o agitador”.³² Por lo tanto, y siendo la nación la entidad política aglutinante y la herramienta indispensable para alcanzar la unidad y estructuración del cuerpo social, era preciso que todos los habitantes se subordinaran a ella, se identificaran con ella y, en tanto ciudadanos productores, trabajaran por su expansión.

Los extranjeros que escaparan a esa ordenación se encontrarían siempre proclives a la anarquía, al desorden y a la indisciplina. Para Lugones, la Constitución argentina, ese “poema ideológico del extranjerismo”, otorgaba a la condición de extranjero superioridad por sobre la ciudadanía, siendo ésta la causa de la escasa naturalización y, fundamentalmente, la subversiva y desintegradora actividad política de los extranjeros, que en ninguna parte como en Argentina levantaban una

³¹ Henri Lefebvre, *Le nationalisme contre les nations* (1936), París, Méridiens Klincksieck, 1988, p. 151.

³² Lugones, *Política revolucionaria* [n. 22], p. 57.

crítica tan insolente, ni manifestaban un número tan grande de delinquentes y alienados. El estímulo a la naturalización tenía que comprometer una desigualdad conveniente para la ciudadanía, un privilegio positivo que no permitiera, por ejemplo, que los extranjeros accedieran a la propiedad de la tierra y desarrollaran cualquier tipo de accionar político. Sólo así, continuaba diciendo, como sucedía en Estados Unidos de América, los extranjeros buscarían ser naturalizados con plena satisfacción. Es decir, que Lugones podría ser considerado un heredero, considerablemente radicalizado, de la concepción culturalista, o cultural esencialista, que encarnaba un pensamiento opuesto a la tradición cosmopolita y proponía un contrato de incorporación voluntaria y manifiestamente tolerante.³³ Hablar de nación implicaba para Lugones hablar de unidad. Una unidad que frecuentemente se sustentaba en la negación de los principios universales de la libertad y la justicia. Esta definición, además, iba asociada a la idea de patriotismo y conllevaba una valoración, un significado moral en tanto entrañaba una cultura y un objetivo cardinal para el desarrollo que toda la sociedad debía perseguir.

Esta apelación estaba henchida de un sentimiento de superioridad con respecto a todos los diferentes (en toda la amplitud de esa imprecisa definición)³⁴ como una forma de recuperar algún elemento de orgullo sobre el cual establecer esa preponderancia, algo de lo que pudieran vanagloriarse los argentinos. Ese orgullo —que corría el riesgo de volverse un nacionalismo soberbio, despreciativo y guerrero— asumió en Lugones la forma de una promesa de futuro. Lugones reclamaba fomentar el patriotismo (entendido como subordinación) a través de la preparación física y militar de los ciudadanos para alcanzar la grandeza de la nación. Es decir, buscaba exacerbar la conciencia de la obediencia civil, conquistarla con la mentalidad y la conducta militar, lo que implicaba rechazar aquel fundamento básico de las sociedades liberal-democráticas que establecían la preeminencia de la sociedad civil como dueña de la soberanía.³⁵

³³ Lilia Ana Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas: la construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, FCE, 2001.

³⁴ Richard Rorty, “La academia antipatriótica”, en Martha Nussbaum *et al.*, *Cosmopolitas o patriotas*, Buenos Aires, FCE, 1997, p. 32.

³⁵ Para un análisis más profundo de este tema, véase Giuseppe Vergottini, “La supremacía del poder civil sobre el poder militar en las primeras constituciones liberales europeas”, *Revista Española de Derecho Constitucional*, núm. 6 (septiembre-diciembre de 1982), pp. 9-34; Louis Smith, *La democracia y el poder militar*, Buenos Aires, OMEBA, 1965; y Carlos Seco Serrano, *Militarismo y civilismo en la España contemporánea*, Madrid, Instituto de Estudios Económicos, 1984.

El militarismo de Lugones reivindicaba la preponderancia o predominio de los grupos militares, en tanto que implicaban una moral que tenía como finalidad la exaltación de la patria mediante la valentía y la virilidad. Lugones consideraba que el ejército era la única institución capacitada para ejercer primacía en la organización socio-política. La institución militar, fuertemente jerarquizada, resaltaba por contraste la democratización ciudadana y otorgaba argumentos para rechazar ese producto del individualismo. Desde esa representación, la organización militar implicaba tanto una organización política y una actitud ante la vida como una relación de poder y, por ello, pretendía asignar sus objetivos y valores al conjunto social. La glorificación de esa conducta y de esa moral comprendía el culto a la guerra, a la fuerza, a la disciplina y a la masculinidad; exigía tanto una política expansionista como una vocación de influencia interior, además del crecimiento a nivel material y personal de las fuerzas armadas en detrimento de otros sectores del Estado.³⁶ El ejército sintetizaba y defendía la esencia de la nación, monopolizaba el patriotismo y por tanto debía imponerse por sobre el poder civil, ejercer su función correctora. La vida política y social asumiría un sentido militar y la sociedad, tanto como el Estado, debían incorporarse, someterse, a aquella lógica.

Como resulta evidente, Lugones entendía que para reconstruir la nación argentina y llevarla a “su verdad”, era indispensable una reforma amplia y radical. Y desde allí argumentó una oposición reflexiva entre legalidad y eficacia, sosteniendo que una nación mal gobernada se hallaba dentro de la ley pero fuera de la razón y de la equidad: “lo que corresponde, entonces, es derogar o reformar la ley para no seguir perjudicando a la Nación. Esto es de mero sentido común. La razón y la equidad son anteriores y superiores a la ley: de suerte que cuando entran en conflicto ha de ceder la ley”.³⁷ En este orden, resultaba clara su adhesión a las posturas conocidas como realismo político o realismo empírico, a las que él definía como “el arte de la política, que carece de ideología trascendental, pero que cuenta con la vida”.³⁸ De tal modo, proponía mantener el espíritu de la Constitución de 1853 que era el de la grandeza de la patria, pero rechazaba enérgicamente encasillarse en su “letra inamovible”. Para conservar aquel espíritu básico y esencial se había realizado la revolución, para terminar con el

³⁶ Rafael Núñez Florencio, *Militarismo y antimilitarismo en España (1888-1906)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1990, pp. 16-17.

³⁷ Lugones, *Política revolucionaria* [n. 22], p. 63.

³⁸ *Ibid.*, p. 66.

destino de sometimiento que la democracia liberal proponía a la nación. La defensa de la nación no podía subordinarse “sin criminal insensatez” al azar de las elecciones y a la paradoja de “la igualdad antinatural y anticientífica”.

Así, Lugones impulsaba la participación de las fuerzas militares, en tanto poder gubernativo, en todas las actividades de la nación. Entendía que había que dotar al ejército de una prerrogativa de gobierno, que por su técnica específica debía gozar de cierta independencia respecto de otras esferas del poder, aunque subordinado al proyecto mayor de construir “la grande Argentina”. Pero además, entendía que el servicio militar, por conscripción obligatoria, transformaba a las fuerzas armadas en representación permanente del pueblo.³⁹ La unidad de la nación argentina, sostenía por entonces, sólo podía alcanzarse a través del territorio y el idioma, ya que no existía una unidad étnica que sirviera de elemento aglutinante. Por eso mismo, se volvía indispensable constituir un gobierno, una autoridad muy fuerte, “proporcionada a la endeblez del cuerpo social”. Esa potestad debía contar con la activa y decisoria participación de los intelectuales, portadores de un propósito nacional y consciente y constructores del mito de lo nacional. Los pueblos tendientes a la anarquía, como Lugones caracterizaba al argentino, necesitaban de la guía, de la dirección de sus espíritus más destacados que compensaran los desequilibrios sociales, ya que eran los únicos capacitados para comprender que la ley del progreso indefinido no era más que una falacia del liberalismo. Dicho en otras palabras, su crítica a la democracia igualitaria en términos políticos procuraba deslegitimar y socavar la consagración del individuo y requería la emergencia de un Estado omnipresente y especialmente intervencionista. Para él, los hombres alcanzaban su calidad de ciudadanos en tanto parte de la nación, en la cual los lazos sociales serían resultado del lugar ocupado por cada uno en un todo organizado, fundado y sostenido por una creencia colectiva de grandeza futura. Sin embargo, no puedo dejar de advertir que en esta argumentación acentuaba su crítica a la inadecuación de los medios políticos del liberalismo, mucho más que a la naturaleza de los fines buscados.⁴⁰

³⁹ El ejército era indispensable para el engrandecimiento de la nación, tanto para asumir la defensa como para imponerse sobre otras naciones. Sus necesidades técnicas obligaban a desarrollar una industria bélica que contribuiría al desarrollo de las fuerzas productivas nacionales.

⁴⁰ Hirschman señala que esto es una constante en el pensamiento reaccionario, ya que por su pragmatismo éste se encuentra siempre predispuesto a observar los medios políticos en detalle. Véase Albert Hirschman, *Deux siècles de rhétorique réactionnaire*, Paris, Fayard, 1991.

Carlos Ibarguren: la progresiva construcción de un proyecto corporativo nostálgico del pasado

CARLOS IBARGUREN fue un reconocido intelectual y jurista que gustaba definirse y proyectarse como un patricio siempre protagonista del poder y defensor de las más “sanas tradiciones” de los que habían hecho la patria. Fue también un hombre de extensa trayectoria política que ejerció una influencia destacada. Fue ministro de Justicia e Instrucción Pública en el gobierno de Sáenz Peña durante el cual se llevó adelante la reforma electoral en 1912. Pero esa promisoriosa y ascendente carrera política se había visto detenida desde la instauración de la democracia y la llegada de la Unión Cívica Radical (UCR) al poder.⁴¹ Sólo tras el golpe de Estado de 1930 recuperó algún protagonismo al ser designado interventor de la provincia de Córdoba.

Es sabido que desde mediados de la década del veinte Ibarguren había comenzado a alejarse de las formas más típicas del sistema político liberal y había profundizado su concepción corporativa para organizar a la nación. A los pocos días de asumir el cargo de interventor, pronunció un discurso donde explicitaba las propuestas políticas y sociales que mucho tenían de anhelos personales. Buscaba remarcar el fuerte contenido cívico del movimiento poniendo prácticamente en un plano de igualdad la participación de los militares con la de los políticos y ciudadanos deseosos de transformar la situación argentina producto de la experiencia radical. Proclamaba al ejército como instrumento indispensable para la consecución del orden, pero no como un principio de gobierno. Por el contrario, se mostraba entusiasmado con el surgimiento de una nueva clase política que sería referente de una nueva forma de civilidad.

En el discurso “El significado y las proyecciones de la Revolución del 6 de septiembre”, pronunciado el 15 de octubre de 1930 en la ciudad de Córdoba, Ibarguren decía que la revolución política constituía en sí misma un hito en la historia argentina, pero sólo se trataba del inicio de un proceso fundamental llamado a producir una profunda reorganización nacional iniciada con el derrocamiento del gobierno radical personalista que “envilecía y arruinaba al país”.⁴² A partir de allí y

⁴¹ Las transformaciones operadas a partir de la implementación de la Ley Sáenz Peña superaban largamente el mero plano electoral. La renovación de la élite dirigente no fue sólo producto del accionar del partido radical, sino también resultante de la transformación de los partidos existentes.

⁴² Carlos Ibarguren, “El significado y las proyecciones de la Revolución del 6 de septiembre”, discurso pronunciado el 15 de octubre de 1930 en la ciudad de Córdoba, en *Obras*, Buenos Aires, Dictio, 1975, p. 299.

por la acción de hombres incorruptos debía promoverse la transformación de las prácticas políticas, de los valores y del propio concepto de ciudadanía.

Para Ibarguren, la *revolución* debía alimentarse a sí misma ya que el éxito final dependía de su capacidad de convertirse en espíritu, en mito fundante, que permitiera la unión y la confianza de los conjurados tanto como el disciplinamiento de la sociedad. De alguna manera, el mito de la revolución septembrina se encerraba en un destino tautológico. Resulta claro que en esa “invención de la revolución” los intelectuales debían desempeñar un papel determinante —para el que sólo ellos estaban capacitados— a partir de la formulación de argumentos y de rituales de representación idóneos para incorporar lo aparente como acto de poder fundado en la invocación de lo real. Es decir, Ibarguren proclamaba imperioso el compromiso de los pensadores de la causa para alcanzar la anhelada hegemonía política, cultural e ideológica, fundándola en el necesario establecimiento de uno o varios enemigos (ya fueran hombres, proyectos o ideologías) a los cuales avasallar y deslegitimar, ya que todo mito requiere de un otro antagónico y descalificado. Así, la revolución antiyrigoyenista se expresaba como una especie de mito compensatorio destinado a superar el paradigma de la democracia mayoritaria.

De tal modo, y con una retórica elaborada con no pocas referencias a su saber intelectual, Ibarguren esgrimía una crítica profunda y desvalorizadora de la estructuración política, sosteniendo que todas las instituciones, desde el parlamento hasta las municipalidades, debían ser reestructuradas y puestas nuevamente en conexión con las tradiciones del país. En ese sentido, sus propuestas a futuro tenían un fuerte anclaje en el pasado y se limitaban a ser una reiteración, con fuerza de verdad, de sus planteamientos históricos, de los postulados que había levantado con motivo de la reforma electoral de 1912, que apuntaban a mostrar las ventajas del corporativismo, aunque con una argumentación cuando menos híbrida y sin delimitar claramente si se trataba de una propuesta de corporativismo social o político.⁴³ Reclamaba, como toda avanzada del proyecto, la urgente “regeneración” del sistema político mediante la constitución de partidos orgánicos y programáticos que estabilizarían la política y sumarían las mayorías a una nueva estructuración basada en el orden.⁴⁴ Al respecto, Ibarguren sostenía que los

⁴³ Enrique Zuleta Álvarez, *El nacionalismo argentino*, Buenos Aires, La Bastilla, 1975, p. 249.

⁴⁴ Ibarguren sostenía que era saludable y beneficioso para el país que incluso el Partido Radical se reordenara a partir de acuerdos programáticos, la transformación de

partidos políticos debían organizarse a partir de la representación de las fuerzas sociales para impedir que el gobierno fuera acaparado y retenido por los profesionales del electoralismo. Ese corporativismo vacilante era en realidad un instrumento esperanzado de control social más que un proyecto en sí mismo. Recuperando planteos del catolicismo social, Ibaguren pretendía encauzar la problemática de las clases trabajadoras a través de ciertas formas de paternalismo estatal. El objetivo era conseguir la reducción de los conflictos conciliando los intereses contrapuestos.

La tendencia corporativista de Ibaguren ponía el acento en la cuestión social, aunque prefiguraba también la posibilidad de un incipiente corporativismo de tipo político.⁴⁵ Sin embargo, su definición más explícita llegaría sólo unos años más tarde. A su vez, y con la misma ambigüedad que cruzaba a buena parte de la “línea Uriburu”, sostenía que la Constitución no era perfecta e inmodificable, pero aseveraba que las reformas podían y debían hacerse a través de los instrumentos que brindaba la propia carta magna al tiempo que apuntaba que las palabras del general Uriburu habían sido torcidamente interpretadas “quién sabe con qué designios, significados y tendencias antidemocráticas. Se ha propalado que esa idea tiende a suprimir el sufragio universal, a aniquilar los partidos políticos y a convertir al Congreso en una asamblea puramente corporativa [...] semejante al parlamento fascista”.⁴⁶ En este periodo, Ibaguren se alejaba del liberalismo conservador sin asumir aún una crítica definitiva hacia ese sistema. Esta indefinición no parece haber sido sólo producto de una etapa de transición ideológica sino también un intento por no apartarse definitivamente de algunos sectores políticos significativos. Evidencia, además, que en busca

sus valores y el recambio de sus dirigentes. Evidentemente este camino implicaría la negociación y alianza con los sectores antipersonalistas, a los que Ibaguren reconocía aptitudes y posibilidades de regeneración, pero a quienes acusaba de no haber podido socavar el predominio del viejo caudillo Yrigoyen.

⁴⁵ En este sentido su proyecto de 1930 establecía un diálogo con las propuestas corporativistas de la dictadura de Primo de Rivera en España, véanse Miguel A. Perfecto, “Regeneracionismo y corporativismo en la dictadura de Primo de Rivera”, en Javier Tussell, Feliciano Montero y José María Marín, eds., *Las derechas en la España contemporánea*, Barcelona/Madrid, Anthropos/UNED, 1997; Shlomo Ben Ami, “Las dictaduras de los años 20”, en Mercedes Cabrera y Santos Juliá, comps., *Europa en crisis, 1919-1939*, Madrid, Pablo Iglesias, 1991; Stanley Payne, *Política y sociedad en la España del siglo XX*, Madrid, Akal, 1971; Antonio Elorza, Luis Antonio Arrans *et al.*, “Liberalismo y corporativismo en la crisis de la Restauración”, en José Luis García Delgado, *La crisis de la Restauración*, Madrid, Siglo XXI, 1986, entre otros.

⁴⁶ Ibaguren, “El significado y las proyecciones de la Revolución del 6 de septiembre” [n. 42], p. 309.

de un espacio político realizaba esfuerzos por presentarse como vocero e intérprete de la opinión de la sociedad. En 1930, opinaba que el pueblo no ambicionaba la demagogia radical ni reformas fascistas que contradijeran los principios liberales.

Así, y tratando quizás de jerarquizar su función en el gobierno *de facto*, Ibaguren sostenía que para alcanzar la regulación política del país y el saneamiento de sus instituciones era determinante el papel que desempeñaran los interventores provinciales. Serían ellos los encargados de depurar los padrones y eliminar las prácticas políticas perniciosas para recién luego llamar a comicios “limpios y puros”, que reflejarían la voluntad popular y se realizarían de acuerdo con las leyes electorales vigentes desde 1912.

Todos esos planteamientos generaron una interesante disputa, no siempre explícita, con Leopoldo Lugones. Indudablemente semejante querrela tenía mucho de búsqueda de liderazgos dentro del campo autoritario y, por lo tanto, hacía extremar posiciones y postulados, pero también evidenciaba la heterogeneidad del conjunto golpista y, en particular, de los intelectuales que habían participado de la conspiración y pretendían configurarse en guías del nuevo orden. Los puntos centrales del enfrentamiento se dirimían a partir de la reivindicación o rechazo del modelo fascista. A partir de allí se derivaban otras cuestiones, como la necesidad de constituir o no un Ejecutivo fuerte. Apelando a sus erudiciones jurídicas y a su trayectoria burocrática, Ibaguren reclamaba terminar con la tradición de la “prepotencia presidencial”, profundizar la división de los poderes del Estado y la autonomía de las reparticiones técnicas.

En esta pugna, Ibaguren proponía afianzar el federalismo, al que argumentaba en términos de técnica de organización constitucional, política y fiscal más que como ideología. Un federalismo al que definía en términos políticos y económicos. Lo cierto es que en la base de esos planteamientos se encontraba el debate entre ciudadanía, representación y armonía fiscal, tanto como la búsqueda de un Estado lo suficientemente fuerte como para promover el desarrollo de la nación y lo bastante débil como para no constituirse en confiscador de la riqueza de sus ciudadanos. Para Ibaguren el sistema impositivo debía articularse de manera que dejara a las provincias los recursos que les correspondían, y que se referían a los intereses vinculados a su propio territorio y jurisdicción.

Resulta indiscutible que las propuestas “ibargusianas” eran escasamente definidas y, como señala Fernando Devoto, sus postulados

expresaban tanto una debilidad teórica como estrictamente política.⁴⁷ No obstante esta imprecisión, Ibaguren (como muchos otros hombres que se sentían desplazados) fue comprendiendo paulatinamente que la representación democrática era incontrolable por vías electorales e incrementó su confianza en las alternativas corporativas, concebidas ya no sólo como una forma de “superación” del conflicto de clases, mediante la agrupación de asalariados y empresarios en sindicatos “verticales” integrados en la estructura del Estado, sino también como forma de estructuración y organización institucional. Con ese espíritu impulsó algunos proyectos y se desencantó con la escasa atención que le prestó la mayoría del campo político. No se trató de una conversión brusca, hacía bastante tiempo que Ibaguren entendía que un gobierno autoritario, como estado de emergencia, era necesario para permitir la irrupción de un Estado nuevo que pusiera límites al caos social y a la corrupción política.⁴⁸

Convencido de que la historia era maestra de vida y de política, Ibaguren dirigió, desde principios de los años veinte, su mirada al rosismo.⁴⁹ La aparición en 1930 de su libro *Juan Manuel de Rosas*, sin ser una apología, expresaba reconocimiento a la capacidad que aquél había demostrado para superar la anarquía. Resulta fácil comprender que la lectura de Ibaguren estaba claramente sostenida por su presente y por ello recuperaba las palabras del propio Rosas para afirmar, por ejemplo, que nadie podía ignorar que “una fracción numerosa de hombres corrompidos, haciendo alarde de su impiedad y poniéndose en guerra abierta con la religión, la honestidad y la buena fe, ha introducido por todas partes el desorden y la inmoralidad”.⁵⁰ Y tampoco sorprende que a partir del análisis del rosismo planteara la existencia de dos tipos diferenciados de dictadura: la ocasional y la trascendental. La ocasional, obviamente breve, no implicaba ruptura histórica alguna. La trascendental era generadora de nuevas eras políti-

⁴⁷ Este autor sostiene que Ibaguren combinaba las dos líneas conceptualmente contradictorias de la reforma. Por un lado, proponía profundizar el modelo de 1853 pero al mismo tiempo se sumaba a las voces que reclamaban instaurar modos de representación corporativos, Fernando Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna: una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, pp. 259-260.

⁴⁸ René Remond, “La crisis política en Europa entre las dos guerras mundiales”, en Cabrera y Juliá, comps., *Europa en crisis, 1919-1939* [n. 45], p. 29.

⁴⁹ Los gobiernos de Juan Manuel de Rosas (1829-1832 y 1835-1852) fueron sin duda de los más controvertidos en la historia argentina. Acusado de tirano por muchos, para otros tantos es símbolo de nacionalismo político y económico.

⁵⁰ Carlos Ibaguren, *Juan Manuel de Rosas. Su vida. Su tiempo. Su drama*, Buenos Aires, Librería La Facultad, 1930, p. 178.

cas, remedio final para toda anarquía ya que “una colectividad desgarrada por la anarquía sólo puede volver a su quicio, y formar otra vez un todo coherente, mediante una fuerte acción que reajuste todos los elementos que se han aflojado y disgregado. Tal acción debe ser necesariamente violenta”.⁵¹ De tal modo, para Ibarguren Rosas interpretó y dirigió, como jefe supremo, un gran movimiento erradicador de la anarquía y a la vez sostenedor de la unidad nacional y la independencia, atribuyéndole incluso la maceración de elementos que forjaron la organización constitucional después de su caída.

Ibarguren, como hombre de la inquieta sociedad de la posguerra, según palabras de Norberto Bobbio, entendía que no había más que dos soluciones: o la violencia subversiva o la violencia reaccionaria. La democracia era impotente y debía ceder su puesto a la reacción consciente de quienes habían comprendido que contra la barbarie bolchevique se defendía una civilización que no debía morir.⁵²

Apenas finalizado el “interregno Uriburu” en 1932, Ibarguren publicó un libro que llamó *En la penumbra de la historia argentina*⁵³ donde sublimaba sus anhelos y frustraciones a través del análisis de sucesos y figuras olvidadas de la historia. Para legitimar sus perspectivas políticas recurría a las propias palabras del general San Martín y señalaba que “la mentida verborragia de un falso liberalismo” ocultaba las mezquinas ambiciones de políticos profesionales que en busca de votos adulaban al pueblo. Ibarguren afirmaba que el orden y la disciplina social eran para el libertador una de las bases sobre las que descansaba el bienestar de la nación. De tal modo, subrayaba que San Martín había sabido eludir “ilusorias teorías” que resultaban perturbadoras porque fomentaban el desorden, la rebelión y el desgobierno.

Con la misma estrategia habilitaba sus reclamos de reforma constitucional recordando que el propio San Martín estaba convencido de que las constituciones debían estar conformes a las aptitudes y géneros de vida como había sucedido, con buen juicio, en Chile. El país trasandino, sostenía Ibarguren a través de la palabra del “padre de la Patria”, había sabido mantener las barreras que separaban las diferentes clases sociales y conservaban la preponderancia de la clase instruida, la única que tenía algo “que perder” y eso era lo que había salvado a los chilenos.

⁵¹ Citado en *ibid.*, pp. 178-179.

⁵² Norberto Bobbio, *Perfil ideológico del siglo xx en Italia*, México, FCE, 1984, p. 180.

⁵³ Carlos Ibarguren, *En la penumbra de la historia argentina*, Buenos Aires, La Facultad, 1932.

En el mismo sentido, en otro capítulo reflexionaba sobre el voto secreto y su posible capacidad para arrebatar toda autoridad a los poderosos y, citando a Cicerón, expresaba: “detesto lo populachero y miro como la mejor República aquella [...] del gobierno de los mejores”, por lo tanto consideraba que la transformación anhelada sólo podría alcanzarse si la “parte principal y más sana de la ciudadanía” era convocada a construir el mando. Todo el libro resultaba un alegato a favor de su proyecto transformador y una denuncia de la demagogia y la anarquía, los mayores obstáculos con los que se había encontrado el movimiento septembrino. En la base, lo que se advierte es una equiparación de la Revolución de Mayo con la Revolución de 1930 y la intención de valorar “a los argentinos dispuestos, hoy como ayer, a defender con su vida la tradición nacional y la patria contra los que pretenden destruirla o desnaturalizarla”, al tiempo que buscaba disminuir la valía y la dignidad de aquellos que eran arrastrados por “un culto delirante por la libertad”.⁵⁴ Su objetivo era, una vez más, hacer ambiente para que la revolución pudiera desenvolverse.

Hacia 1933, al igual que otros intelectuales autoritarios (en particular los sectores católicos y los “maurrasianos” de La Nueva República),⁵⁵ Ibaguren comenzaba a asumir que las grandes transformaciones requerían de la participación —disciplinada— de las masas. La búsqueda del consenso, paradójicamente, se volvió un problema y una esperanza. El fascismo, con su movilización ordenada y obediente, fue un modelo al que no pudo dejar de ver atenta e ilusionadamente sin deshacerse de sus atributos aristocráticos y tradicionalistas. El corporativismo aparecía como eje articulador de un *corpus* tan híbrido, ya que, según decía la organización funcional, hundía sus raíces en la historia y sentimientos más arraigados del país. Sin embargo, esa raigambre corporativa no había sido rescatada por las leyes del Estado nacional, por lo cual la sociedad argentina, que conservaba la disciplina solidaria y la jerarquía en las actividades, debía fundar una estructuración política y social en la que el Estado recogiera, controlara, armonizara y fomentara los intereses de todas las clases sociales —organizadas de acuerdo con los intereses profesionales—, las que debían ser igualmente tuteladas. La organización corporativa allanaba dificultades, en-

⁵⁴ *Ibid.*, p. 40.

⁵⁵ Al respecto véase Olga Echeverría, “Antes y después del golpe militar de 1930: los intelectuales católicos de derecha y la ‘irremediable’ presencia política del pueblo”, *Revista Sociedad y Religión* (CEIL-PIETTE), en prensa; y de la misma autora, “De la apelación antidemocrática al colonialismo como argumento impugnador de la ‘oligarquía’: los hermanos Irazusta en la génesis del Revisionismo histórico argentino”, *Prohistoria* (Rosario), núm. 8 (2005).

cauzaba las fuerzas productoras, concertaba tendencias dispares e intereses divergentes, estimulaba actividades nuevas, interpretaba anhelos colectivos y fomentaba la utilidad pública de las actividades económicas. En lugar del ideal individualista se enarbolaba el ideal social y disciplinado de la nación homogénea.

Con el paso de los meses y los años Ibarguren se vio obligado a aceptar que la llamada línea Uriburu, o mejor dicho los proyectos que ella encarnaba, habían sido definitivamente derrotados, por lo cual entendió que era necesario redoblar la apuesta y aquellos postulados de 1930, en algún sentido temerosos, alcanzaron una radicalización sorprendente y extrema para un intelectual proveniente de las filas del liberal conservadurismo. Así, en *La inquietud de esta hora*, publicada en 1934, aseguraba que la crisis que atravesaba al mundo occidental era definitiva, era el tiempo de la devastación total del sistema político imperante hasta la gran guerra.⁵⁶ Se esperaba con la superación definitiva de la democracia individualista basada en el sufragio universal, aunque mantenía su obligada ambigüedad en torno al rumbo que debía tomar el sistema económico, por lo cual se limitaba a señalar que también debía reformarse el capitalismo a través de una mayor presencia estatal. Su planteamiento era, por lo tanto, esencialmente político y partía de expresar una preocupación ponderada de la crisis social que derivaba en conflictos políticos definitivos. El enfrentamiento implicaba, por un lado, al fascismo, también llamado por Ibarguren corporativismo o nacionalismo, es decir, las fuerzas del orden, y, por otro lado, el marxismo comunismo, las llamadas fuerzas disolventes.

Como puede advertirse, ya no había espacio para posiciones intermedias y todos aquellos que no eran de izquierda debían aglutinarse en defensa de la nación ordenada. El parlamentarismo no era ya un instrumento útil y sólo podía beneficiar a algunos irresponsables profesionales de la política. Su batalla contra la élite política dominante no había cesado, por el contrario, esa lucha interna contra quienes no lo habían tenido en cuenta se reforzó en este periodo y lo llevó a proponer la corporación profesional obligatoria en reemplazo de los partidos políticos agotados y de los hombres con capacidad de mando. Sólo así, clamaba, podría detenerse la marcha del comunismo. En el pensamiento de Ibarguren, la soberanía política debía cambiar de manos de manera definitiva. Sin duda, tal modificación de perspectiva tenía su origen en el fracaso del proyecto septembrino y en la intrascendencia política a la que el proceso relegó a los intelectuales autori-

⁵⁶ Carlos Ibarguren, *La inquietud de esta hora* (1934) en *Obras* [n. 42].

tarios. Anhelaba que una transformación de ese tenor restableciera el orden, las jerarquías “naturales” y su propia influencia.

Asimismo, y si bien para Ibarguren el análisis económico no fue en ninguna etapa eje principal de sus diagnósticos y argumentaciones, algunas alocuciones mostraban una incipiente inquietud, de pulso nacionalista, coherente con sus postulados más estrictamente políticos, como cuando, a través de un dictamen elaborado en 1933, en tanto abogado asesor del Banco de la Nación Argentina, llamaba la atención sobre los escasos beneficios que traería crear un banco central (idea impulsada por el gobierno de Gran Bretaña y muy bien recibida por el gobierno argentino) en el que el Estado no tendría una eficaz participación ni fiscalización y que, por ende, delegaba en una sociedad por acciones la soberanía económica de la nación.⁵⁷ Es decir, aunque tímidamente, en la década del treinta Ibarguren había comenzado a elaborar un discurso que cuestionaba la ausencia de una dirección propia y orgánica de la economía que había llevado a Argentina a una posición subordinada con respecto al extranjero, sobre todo a Gran Bretaña. En este plano, y a pesar de lo colateral de sus reflexiones, Ibarguren establecía un puente con el pensamiento que estaban desarrollando, entre otros autoritarios elitistas, los hermanos Irazusta. Ibarguren se mostraba convencido del arraigo del corporativismo en la voluntad y las ambiciones de la sociedad argentina. Categóricamente manifestaba que el pueblo argentino estaba alejándose de idearios equivocados y se mostraba cada vez más dispuesto al esfuerzo, e incluso al sacrificio, para alcanzar el destino de grandeza que el país se merecía. Depositaba su mayor confianza en la juventud “patriótica”, numerosa y viril que, según entendía, crecientemente se sumaba a los idearios nacionalistas. Se refería a los hijos de las familias “decentes” que, apartándose de la vacilación y la frivolidad, comenzaban a darse cuenta de que el destino de la nación y su propio futuro estaba en sus manos. Esta convicción lo llevó a planear la constitución de un movimiento político “nacionalista” ya que, a diferencia de otros intelectuales de derecha, entendía que la organización de una estructura política era imperiosa para el desarrollo ideológico y político de la tendencia. En ese sentido, rompía con el marcado individualismo que había caracterizado a los escritores y pensadores autoritarios, aunque sin resignar su pretensión de convertirse en el referente y guía de las nuevas generaciones.

⁵⁷ Carlos Ibarguren, “Dictamen dirigido al Directorio del Banco de la Nación, 17 de abril de 1933”, citado en *La historia que he vivido* (1955), Buenos Aires, Dictio, 1977, pp. 596-597.

La juventud argentina, opinaba Ibarguren en 1936, en vez de ser sometida a las influencias de las utopías pacifistas, debía modelar su espíritu en la disciplina y “el sentimiento viril necesarios para defender a la patria en caso de peligro”.⁵⁸ Por ello, indicaba que el “nacionalismo” poseía un brazo militarizado que se expresaba a través de numerosas organizaciones que habían desarrollado una intensa actividad política, “muchas veces secreta”.⁵⁹ La influencia de los regímenes nazifascistas, en especial de los movimientos de juventud, como la *Hitlerjugend* o los *Avanguardisti* fascistas, parecen estar en la base de las expectativas “ibargusianas”. Es sabido que la organización política de las masas desempeñó un papel decisivo en la progresión vertiginosa de los partidos nacionalsocialista y fascista. La masa era interpretada como cuerpo que la ideología debía modelar para alcanzar el poder. De tal manera, los intelectuales alcanzaban importancia al ser quienes debían encauzar a las mayorías y volverlas obedientes y entusiastas.

Las ideas expresadas con fuerza de verdad, la violencia discursiva y las consignas grandilocuentes eran instrumentos de movilización fundados en el odio y en una compleja combinación de anhelos y resentimientos. En ese contexto, se buscaba que los jóvenes identificaran al nacionalismo como su única alternativa de porvenir. La militarización se transformaba en amenaza y en expresión grandilocuente de poder y de entrega, tanto como en espacio de movilización que necesitaba y reconocía las capacidades de la juventud. La violencia asumía el carácter de una manifestación estética donde la juventud podía desplegarse y ser admirada.⁶⁰ Con esta apuesta, Ibarguren no sólo buscaba crear su propia base militante y proyectar el movimiento hacia el futuro, también dejaba en claro su escasa influencia dentro de su grupo generacional y el poco ascendiente de los idearios filo-fascistas en la dirigencia política de Argentina.

⁵⁸ Carlos Ibarguren, “Opinión sobre la Conferencia Panamericana de la Paz”, *La Frontera*, 30-XII-1936, reproducido en Ibarguren, *Obras* [n. 42], p. 317.

⁵⁹ Por ejemplo la Liga Republicana, la Legión Cívica, la Legión de Mayo, la Acción Nacionalista Argentina, la Guardia Argentina, la Legión Colegio Militar y la Milicia Cívica Nacionalista.

⁶⁰ Benjamin sostiene que todos los esfuerzos por un esteticismo político en el fascismo culminaron en un único punto: la guerra. Ya que sólo la guerra hacía posible dar una meta a movimientos de masas a gran escala, conservando a la vez las condiciones heredadas de la propiedad, véase Walter Benjamin, *L'oeuvre d'art à l'époque de sa reproductibilité technique* (1935), París, Allia, 2007, p. 75.

A modo de conclusión

LA histeria generalizada que se había apoderado del mundo occidental a causa de los movimientos revolucionarios y la creciente organización obrera⁶¹ se vio agudizada por el estallido de la guerra y sus efectos. En Argentina la revolución nunca fue inminente, pero bastaba el lento despertar político de las masas, su inserción en el sistema educativo y su sola presencia pública para que los sectores más encumbrados se sintieran amenazados y temieran la destrucción total de las jerarquías.

Así, muchos de los intelectuales que compartían una vocación elitista, es decir que consideraban que el dominio por parte de una minoría culta, esclarecida y superior constituía una realidad histórica y natural, empezaron a exponer una cosmovisión crítica y atribulada sobre su tiempo y la sociedad. Algo de nostalgia, mucho de frustración e incertidumbre confluyeron en una nueva identidad que, al menos en términos discursivos, contenía una carga explícita de agresividad y violencia. Como se ha expuesto, esta mirada trascendió paulatinamente al ámbito cultural para convertirse en una propuesta política que buscaba ordenar el país, a la vez que implicaba la búsqueda de un espacio político que tales sectores consideraban legítimo.

Si bien no compartían todas las visiones y perspectivas, los unía el rechazo al orden democrático (en su sentido más amplio y abarcador) que actuaba como una “estructura del sentir”, una afinidad ideológica que les permitía pensarse como un nosotros. De tal modo y para legitimar su “natural” capacidad de mando, recurrieron a los conceptos de nación y nacionalismo pensados como argumentos absolutos, indiscutibles y superiores a cualquier planteamiento sectorial. Es decir, apuntaban a crear una identidad pretendidamente inclusiva (aunque resulta claro que se trataba de una perspectiva excluyente y defensiva) que les permitiera instalarse por encima de la esfera política a la que caracterizaban como mediocre y mezquina y así alcanzar el poder que entendían les era propio.

La retórica nacionalista era, en sí misma, un discurso plagado de apelaciones emotivas que ocultaba más de lo que evidenciaba sobre las características, perspectivas y proyectos de la derecha autoritaria argentina. En la palabra *nacionalismo*, el sufijo *ismo* tenía —y tiene— una carga semántica, le añadía algo al adjetivo nacional, al concepto de *nacionalidad*, y ese algo agregado involucraba (como lo demuestran los propios escritos aquí analizados) modificación de un proceso y

⁶¹ Eric Hobsbawm, “La política de la democracia”, en *La era del imperio*, Barcelona, Labor, 1987, pp. 85-86.

cierta violencia. Era señalado como un espacio a la vez que una doctrina donde se cultivaba y reivindicaba la disciplina, la unidad y el sentimiento. Se le atribuía no sólo un valor por sí mismo, sino que alimentaba los sentimientos y emociones que derivaban del patriotismo. Es decir, se trataba de un instrumento fundamentalmente ideológico destinado a argumentar acciones a partir de la utilización de palabras grandilocuentes que remitían y partían de lo emotivo. Asentado sobre las nociones de unidad y superioridad, el nacionalismo argentino de los años treinta era una retórica de reacción que buscaba identificarse con un sentimiento de cohesión ante desafíos reales o imaginados.⁶² De tal modo, representaba una actitud de confrontación que se constituía a partir de nexos ajenos a la voluntad de los individuos. La nación era un destino que se construía por encima de los sujetos y al cual no podían sustraerse sin traición. Por ello, el nacionalismo era un vocablo inasible, muchas veces demagógico, siempre multívoco que requería de una utilización doctrinal y práctica del patriotismo y, asimismo, tendía hacia un “fetichismo nominalista” donde las palabras cobraban sentido de realidad y funcionaban con autonomía en indiscutible apelación a una supuesta identidad colectiva de orden superior entendida como una cualidad social.⁶³

Pero no había un nacionalismo, había muchos, casi tantos como individuos conformaban esta experiencia autoritaria. Por ello en las páginas anteriores se han rastreado los conceptos de *nación* y *nacionalismo* en dos figuras centrales de la derecha autoritaria argentina de principios del siglo xx. Como ha podido advertirse, el concepto *nación* era entendido como un instrumento aglutinador, el nacionalismo como un elemento referencial que les permitía pensarse como un nosotros frente a un heterogéneo conjunto al que consideraban amenazante. Pero, como también ha quedado en evidencia, tras esa supuesta homogeneidad había múltiples y profundas diferencias. Siendo la apelación nacionalista una respuesta a las angustias que les producía el presente, tanto Ibarguren como Lugones clamaron por escenarios que les dieran seguridad. Así, para Carlos Ibarguren se trataba de recuperar un orden pasado al que reinventaba como armónico y en el que se habían respetado las jerarquías. Lugones en cambio enarbolaba un proyecto de nación que miraba al futuro, donde la grande Argentina sería bellamente industrial y los intelectuales y artistas ocupaban el pínaculo de la jerarquía social y política.

⁶² Sobre este carácter del nacionalismo véase David A. Brading, *The origins of Mexican nationalism*, Cambridge, Centre of Latin American Studies, 1986, p. 75.

⁶³ Herón Pérez Martínez, “Génesis: uso y abuso”, en Cecilia Noriega Eglio, *El nacionalismo en México*, México, El Colegio de Michoacán, 1992, p. 50.

RESUMEN

Las transformaciones que se produjeron en Argentina desde fines del siglo XIX hasta las primeras décadas del siglo XX llevaron a que muchos hombres, que social e intelectualmente ocupaban posiciones de reconocimiento, se sintieran alarmados por lo que consideraban un ataque al orden y una amenaza a las jerarquías naturales. La instauración de la democracia mayoritaria agravó las percepciones pesimistas y atribuladas y comenzaron a surgir movimientos autodenominados nacionalistas que paulatinamente fueron abandonando su carácter nativista-cultural para asumir un perfil ideológico y político concreto.

Los conceptos *nación* y *nacionalismo* fueron instrumentos discursivo-aglutinadores de esta naciente derecha antidemocrática. En este artículo se analiza la utilización de dichos conceptos (haciendo especial hincapié en la historicidad de los mismos) por parte de Leopoldo Lugones y Carlos Ibarguren, los principales intelectuales de esta tendencia.

Palabras clave: nación, nacionalismo Argentina, Leopoldo Lugones, Carlos Ibarguren.

ABSTRACT

The transformations that took place in Argentina from the end of the 19th century until the first decades of the 20th led to many men occupying socially or intellectually recognized positions to feeling alarmed by what they considered an attack on the prevailing order and a threat to natural hierarchies. The introduction of majority democracy aggravated their pessimistic and troubled perceptions, and self-denominated nationalist movements began to arise, gradually abandoning their nativist-cultural character in order to develop a concrete ideological and political profile.

The concepts of *nation* and *nationalism* were discourse instruments that helped unify this incipient, anti-democratic right. In this article, the use of these concepts (emphasizing their historicity) by Leopoldo Lugones and Carlos Ibarguren, two of the principal intellectuals of this tendency, is analyzed.

Key words: nation, nationalism Argentina, Leopoldo Lugones, Carlos Ibarguren.